

LECTURAS INQUIETAS

Antonio Candeloro-Laura Palomo Alepuz (eds.)



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2021

CANDELORO, ANTONIO & PALOMO ALEPUZ, LAURA (eds.)
Lecturas inquietas
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021, 218 pp.
ISBN: 978-84-17422-87-5

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021.
Este libro está sujeto a una licencia de «Atribución-NoComercial 4.0
Internacional (CC BY-NC 4.0)» de Creative Commons.



© 2021, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Algunos derechos reservados
ISBN: 978-84-17422-83-7

Portada: Fotografía de la cubierta perteneciente a Alejandro Palomo Alepuz.

ÍNDICE

	Págs.
PRESENTACIÓN	5-13
PRÓLOGO EN FORMA DE DIÁLOGO: UNA CONVERSACIÓN CON NUCCIO ORDINE	14-20
I.- UN VIAJE HACIA EL PASADO Y NUESTRO ORIGEN LITERARIO: GRECIA Y ROMA	21-35
Miguel Pablo Sancho Gómez	
II.- HOMERO Y LA CATEDRAL DE LA PALABRA: RECREACIONES POÉTICAS Y CINEMATOGRAFICAS	36-48
Carmen María López López	
III.- CRÍTICOS PROFESORES, PROFESORES CRÍTICOS	49-60
Carmen M. ^a Pujante Segura	
IV.- EN DEFENSA DE LA LITERATURA	61-70
Laura Palomo Alepuz	
V.- EL <i>DETERMINISMO LECTOR</i> O LA NECESIDAD DE «LEER DIFERENTE»	71-83
Alba María Gálvez Vidal	
VI.- CON LAS ESPADAS EN ALTO: LECTURAS QUE CORTAN EL ALIENTO	84-105
Antonio Candeloro	
VII.- TODOS LOS CAMINOS SE PIERDEN EN MÉXICO: LAS POLÍTICAS DE LA NARRACIÓN COMO TÁCTICAS DE ESCAPE Y RESISTENCIA (UNA LECTURA ETNOGRÁFICO-BIOGRÁFICA DE <i>LOS DETECTIVES SALVAJES</i> DE ROBERTO BOLAÑO)	106-120
Francisco Cobo de Guzmán Godino	

VIII.- <i>ENTRE LAS RUINAS DE LA INTELIGENCIA: LA POESÍA DE JAIME GIL DE BIEDMA A LA LUZ DE LA POÉTICA COGNITIVA</i>	121-143
Alejandro Jacobo Egea	
IX.- <i>RELEER A DOSTOIEVSKI: LA EXPERIENCIA DE MIRAR EN EL TIEMPO</i>	144-156
Enrique Arroyas Langa	
X.- <i>CUANDO SALINGER NOS INVITÓ A JUGAR</i>	157-167
Belén Blesa y Jorge L. Penabade	
XI.- <i>LECTURAS INQUIETANTES: UNA CONTEMPLACIÓN DEL SIGLO XX EN NOVELAS BRITÁNICAS Y ESTADOUNIDENSES</i>	168-176
Antonio José Miralles Pérez	
XII.- <i>MÚSICA Y LECTURA INQUIETA: UNA INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA AFROAMERICANA A TRAVÉS DE BEYONCÉ</i>	177-184
Patricia Coloma Peñate	
XIII.- <i>LAS METAMORFOSIS DE OFELIA: ANÁLISIS PRÁCTICO DE LA TRANSFORMACIÓN DEL PERSONAJE SHAKESPEARIANO EN LA OBRA DE J. E. MILLAIS (1850) Y SU INFLUENCIA EN TRES TRABAJOS FOTOGRÁFICOS CONTEMPORÁNEOS PARA LA REVISTA VOGUE (2011-2013)</i>	185-199
José María Mesa Villar	
XIV.- <i>LA IMAGEN COMO ACOMPAÑAMIENTO DE LA PALABRA</i>	200-216
Enrique Mena García	
<i>PERFILES BIO-BIBLIOGRÁFICOS DE LOS AUTORES Y AUTORAS</i>	217-218

IV

EN DEFENSA DE LA LITERATURA ON BEHALF OF LITERATURE

LAURA PALOMO ALEPUZ
(Universidad de Alicante)
laura.palomo@ua.es

RESUMEN: En un contexto en el que las Humanidades, y, concretamente, la Literatura se ven arrinconadas en los planes de estudios y cuestionadas por una parte de la sociedad, consideramos necesario defender su importancia como disciplinas relacionadas con la historia y la cultura del ser humano y la promoción de valores éticos vinculados con nuestro progreso.

PALABRAS CLAVE: Literatura; lectura; escritura; educación; Humanidades.

ABSTRACT: In a context where the Humanities -and, more specifically, Literature- are cornered in study programs and questioned by a part of society, we deem it necessary to defend their relevance as disciplines intimately interwoven with human history and culture -or, not less importantly, with their promotion of ethical values and belief in progress.

KEYWORDS: Literature; reading; writing; Education; Humanities.

Es un hecho contrastado que en los últimos años las Humanidades han sufrido un proceso de desprestigio político y social que ha tenido su consecuencia principal en el replanteamiento de los planes educativos, los cuales han ido progresivamente arrinconando y despojando de entidad a disciplinas fundamentales para el desarrollo académico como las Artes, la Música, la Filosofía, la Historia, la Literatura, basándose en una visión supuestamente pragmática que, en realidad, esconde intereses económicos e ideológicos.

Como señala lúcidamente Marina Garcés en *Nueva ilustración radical* (2017), el mundo contemporáneo es profundamente antiilustrado. Es inquietante pensar que, en un momento en el que el ser humano tiene a su disposición una fuente inagotable de información, sienta tan poco interés por el conocimiento.

Últimamente percibimos con tristeza que una parte de la sociedad, entre la que se encuentran algunos jóvenes que personifican nuestro futuro, entiende que la literatura es inútil y que, por tanto, los conocimientos relacionados con ella o con la lengua no sirven para nada.

A menudo me he encontrado con actitudes de rechazo o incluso abierta censura cuando he manifestado mi preocupación por este asunto, como cuando alguien me preguntó si merecía la pena que le dedicara tantas horas, esfuerzos y sacrificios a mi trabajo como profesora e investigadora teniendo en cuenta que eso quizás no me iba a servir para nada.

El sistema capitalista, el utilitarismo y el mundo basado en las apariencias en el que vivimos instalados trata de hacernos creer que todo aquello que no produzca una consecuencia material inmediata (riqueza, capacidad de ostentación, seguridad laboral, belleza) no tiene validez.

Pero como explica Irene Vallejo en su maravilloso *El infinito en un junco* (2020), en los campos de concentración nazi, los intelectuales, a pesar de estar en peor forma física que otros presos, se enfrentaban mejor a la miseria, la represión, la violencia, porque tenían un mundo interior en el que refugiarse.

Por ese motivo, yo solo puedo sentir compasión por aquellos que se conforman con esta realidad, cruel y terrible, y no tienen el consuelo de la cultura o de la ficción para construirse un mundo alternativo en el que escapar de vez en cuando de la rutina.

Como indica Gustavo Martín Garzo (2010), el lector es un ser a medio camino entre la locura y la lucidez. Está apartado de lo real, pero es precisamente esa condición la que «le permite encontrar las palabras que necesita para iluminar las cosas» (131). Me parece que esta idea la ilustra perfectamente mi poema favorito de Rosalía de Castro (2009), con la que me siento tan identificada emocionalmente:

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,
ni el Onda con sus rumores, ni con su brillo los astros,
lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso,
de mí murmuran y exclaman:

Ahí va la loca soñando
con la eterna primavera de la vida y de los campos,
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

Hay canas en mi cabeza, hay en los prados escarcha,
mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,
con la eterna primavera de la vida que se apaga
y la perenne frescura de los campos y las almas,
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños,
sin ellos, ¿cómo admiraros ni cómo vivir sin ellos? (855)

He nacido en una familia con gran aprecio por el conocimiento. Mis padres, mis abuelos, mis tíos pasaban mucho tiempo leyendo y escuchando música. Junto al amor por la naturaleza, nos han transmitido ese interés por las cuestiones relacionadas con lo humano. Cuando mi hermano y yo éramos pequeños mis padres nos leían todas las noches antes de ir a dormir. Mi madre también lo hacía a la hora de comer. Cuando ya no quedaban más cuentos, nos contaba historias que creaba ella misma en ese momento, sobre la marcha. Por las noches, me gustaba que mi madre me leyera en voz alta los libros que ella había frecuentado durante su infancia. Después, a medida que yo me iba haciendo cada vez más mayor era yo la que leía para mi hermano.

Quizás la razón por la que mis padres se han mostrado tan estrechamente ligados al mundo de la educación y de la cultura es que la generación de mis abuelos no había podido disfrutar plenamente de sus ventajas ni de sus placeres. Las circunstancias personales y políticas impidieron a mis dos abuelos cursar estudios superiores. El caso de mis abuelas es todavía más triste. Las condiciones económicas y familiares influyeron en que la paterna no pudiera ser escolarizada; mi abuela materna era, de los

cuatro, la que vivía en una posición más desahogada, pero por ser mujer su acceso a la educación y a la literatura quedaba vedado. Evidentemente, ella se saltaba las prohibiciones con la ayuda de su hermano que le suministraba clandestinamente libros que devoraba por las noches, casi a oscuras y metida entre las sábanas. Por eso le doy la razón mentalmente a Rosa Chacel cuando dice que «la lectura es secreto» (1989: 16).

La lectura y la escritura han sido a lo largo de la historia de la humanidad vistas como actividades peligrosas o subversivas por aquellos que detentaban un poder autoritario, precisamente porque empoderan y liberan al que entra en contacto con ellas. Como indica Pedro Cerrillo (2014) la literatura no cambia al mundo, pero sí a las personas:

Si la literatura no tuviera la capacidad transformadora de provocar en los lectores emociones o respuestas nunca vividas, los dictadores no la hubieran visto como un peligro y una amenaza para su poder. La historia de la humanidad está llena de momentos en que libros, autores y lectores han sido censurados, perseguidos o encarcelados (5).

Por este motivo, se ha obstaculizado el acceso a la educación y a la cultura a aquellos grupos sociales que se quería dominar: a los esclavos, a los campesinos y proletarios, a los inmigrantes, a las mujeres. El mismo Cerrillo pone algunos ejemplos de los ataques del poder a la literatura: la quema de la Gran Biblioteca de Alejandría, la Inquisición, el saqueo de la Biblioteca «Humboldt» de Berlín por parte de jóvenes de ideología nazi en 1933, el asalto a los fondos bibliográficos por parte del ejército franquista durante la Guerra Civil Española, la caza de brujas del senador McCarthy en Estados Unidos, las prohibiciones de Pinochet en Chile, la persecución al escritor indio Salman Rusdhie.

Alberto Manguel (2005) recuerda que en Estados Unidos no se les permitía aprender a leer a los afroamericanos y se les castigaba cuando intentaban llevar a cabo esta actividad (494). E Irene Vallejo (2020) menciona el curioso caso de Mao Zedong que pasó de ser un devorador de libros en su juventud a uno de los azotes de la literatura y la intelectualidad (308).

Como indica Nuncio Ordine en *La utilidad de lo inútil* (2017) estas agresiones no van dirigidas solamente a la literatura, sino al ser humano, porque cuando prevalecen la barbarie y el fanatismo pierden ambos, ya que los saberes humanísticos promueven la solidaridad, el sentimiento cívico, el espíritu democrático, la justicia, la igualdad, la tolerancia y por eso son concebidas como una amenaza por el autoritarismo.

Esta reflexión sobre las conflictivas relaciones entre literatura, sociedad y política es el centro de indagación de la novela distópica anglófona, como muestran obras maestras del género como *1984*, de George Orwell que presenta ante nosotros un futuro en el que la lectura o la escritura son interpretadas como actividades subversivas.

En *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, otra referencia tremendamente célebre, los bomberos han dejado de apagar incendios. En su lugar, se dedican a quemar libros, porque estos, al provocar al lector a pensar y a cuestionarse su existencia, atentan contra el *status quo*. Así lo explica Beatty, el jefe de bomberos de la central en la que trabaja el protagonista, Montag, para justificar de forma cínica la represión que lleva a cabo el gobierno que representa, que se escuda en la excusa de que persigue el bien común y la felicidad del pueblo, embruteciéndolo, y que, lamentablemente, describe una realidad despreocupada y hedonista que, en cierto sentido, remite a la actual:

Si no quieres que un hombre se sienta políticamente desgraciado, no le enseñes dos aspectos de una misma cuestión, pues le preocuparás; enséñale solo uno. O, mejor aún, no le muestres ninguno. Haz que olvide que existe una cosa llamada guerra. Si el gobierno es poco eficiente, excesivamente intelectual o aficionado a aumentar los impuestos, que lo sea pero sobre que la gente no se preocupe por ello. Paz, Montag. Dale a la gente concursos que puedan ganar recordando la letra de las canciones populares, o los nombres de las capitales de estado o cuánto maíz produjo Iowa el año pasado. Atibórrala de datos no combustibles, lánzales encima tantos “hechos” que se sientan abrumados, pero totalmente al día en cuanto a información. Entonces, tendrán la sensación de que piensan, de que se mueven sin moverse, y serán felices, porque de esta naturaleza no cambian. No les des ninguna materia delicada como la filosofía o la sociología para que empiecen a atar cabos. Por ese camino se llega a la melancolía. Cualquier hombre que pueda desmontar un mural de televisión y volver a armarlo luego (en la actualidad, la mayoría de los hombres pueden hacerlo) es más feliz que cualquier otro que trate de medir, calibrar y cuestionar el universo, que no puede ser medido ni cuestionado; ese hombre se sentirá como un salvaje y muy solo. Lo sé, lo he intentado. ¡Al diablo con ello! Así pues, adelante con los clubes y las fiestas, los acróbatas y los prestidigitadores, los coches de reacción, las motocicletas, helicópteros, el sexo y las drogas, y más de todo aquello que esté relacionado con los reflejos automáticos. Si el drama es malo, si la película no dice nada, si la comedia no tiene sentido, dame una inyección de teramina. Me parecerá que reacciono ante la obra, cuando únicamente se trata de una reacción táctil a las reacciones. Pero no me importa; tan solo quiero distraerme (74).

Asimismo, en *El cuento de la criada* de Margaret Atwood nos encontramos con que el gobierno de Gilead que ha accedido al poder después de llevar a cabo un golpe de estado y provocar una guerra civil en un territorio que se podría identificar como Estados Unidos impone un sistema de valores patriarcal y conservador, que se basa en la subordinación económica, social y política de la mujer, para la cual está vedado el acceso a la cultura, la lectura y la escritura.

Actualmente podríamos llegar a sentirnos muy alejados de estas situaciones. Es cierto que en muchas de nuestras sociedades democráticas no hay una prohibición expresa de acceso al mundo de conocimiento, pero ¿es casual que se hayan desprestigiado las Humanidades, la educación, el trabajo intelectual? ¿Y que los fondos destinados a investigación sean tan magros? ¿Y que en la televisión o en las redes sociales, dos de los medios de comunicación con más poder mediático, predominen contenidos anestésicos? Todo agente que detenta el poder sabe que es más fácil controlar a una masa aletargada por agotadoras jornadas de trabajo y preocupada por el número de *likes* que ha conseguido su última publicación, que a un pueblo que piensa, que es consciente de su ser.

La literatura, como la Historia, la Filosofía o el Arte, nos ayuda a interpretar el mundo, la realidad que nos rodea, y a descubrir nuestro papel en él. Contribuye a que desarrollemos un juicio crítico, a que tengamos memoria de lo que sucedió y podamos interpretar realidades sociales, culturales o políticas distintas. Estimula la imaginación y la fantasía. Ha sido tradicionalmente y sigue siendo un vehículo de expresión del ser humano, un transmisor cultural, una forma de creación artística, un instrumento de indagación epistemológica y uno de los vehículos más poderosos de comunicación, por lo que considero necesario reivindicar su tremenda importancia para el desarrollo personal y social del ser humano.

En *El impostor* Javier Cercas se pregunta: «¿Puede la literatura salvar a alguien o es tan impotente y tan inútil como todo lo demás y la idea de que un libro pueda salvarnos es ridícula y trasnochada?» y se da la siguiente respuesta:

[...] aunque solo existiera una millonésima posibilidad de una millonésima posibilidad de que mis interrogantes no fueran insensatos, trasnochados y ridículos, y de que lo imposible se convirtiera en posible, merecería la pena intentarlo (401).

Es esta esperanza la que ilumina a la resistencia intelectual en *Fahrenheit 451*, por esta razón se aprenden de memoria los libros que consiguen salvar antes de convertirlos en pasto de las llamas, como cuenta Granger, uno de sus miembros:

-[...] Deseamos conservar, intactos y a salvo, los conocimientos que consideramos indispensables para el hombre. [...] Porque si nosotros desaparecemos, los conocimientos habrán muerto, quizá para siempre. [...] En este momento, nos aguarda una misión horrible; esperamos que la guerra empiece y termine cuanto antes. No es agradable, pero nadie nos controla. Constituimos una extravagante minoría que clama en el desierto. Cuando la guerra haya terminado, quizá podamos ser de alguna utilidad al mundo. [...] Al principio, no se trató de un plan preconcebido. Cada hombre tenía un libro que quería recordar, y así lo hizo. Luego, durante un período de unos veinte años, fuimos entrando en contacto unos con otros, viajamos, creamos esta organización y establecimos un plan. [...] Cuando la guerra haya terminado, algún día, algún año, los libros podrán ser reescritos. Las personas serán convocadas una por una para que reciten lo que saben, y lo imprimiremos hasta que llegue otra Era de Oscuridad, en la que quizá debamos repetir toda la operación. Pero esto es lo maravilloso del hombre: nunca se desalienta o disgusta lo suficiente para abandonar algo que debe hacer, porque sabe que es importante y que merece la pena hacerlo (167-168).

Y supongo que es esta idea la que nos lleva a unos cuantos locos a seguir peleando contra molinos de viento (véase: planes de estudio, reformas educativas, trámites administrativos, precariedad laboral, competitividad alienante) para difundir nuestro amor a la palabra escrita en forma de clase o de investigación, porque la literatura es también, de acuerdo con Giner de los Ríos (1919), una forma de conocimiento de nuestra cultura, al mismo tiempo que un instrumento de progreso, en la medida en que contribuye, como también defendía un gran admirador del «maestro», Azorín, a perfeccionar nuestra sensibilidad:

El ideal humano -la justicia, el progreso- no es sino una cuestión de sensibilidad. Este arte, que no tiene por objetivo más que la belleza -la belleza y nada más que la belleza-, «al darnos una visión honda, aguda y nueva de la vida y de las cosas, afina nuestra sensibilidad, hace que veamos, que comprendamos, que sintamos lo que antes no veíamos, ni comprendíamos, ni sentíamos. Un paso más en la civilización se habrá logrado; en adelante, la visión del mundo será otra y nuestro sentir no podrá tolerar sin contrariedad, sin dolor, sin protesta, lo que antes tolerábamos indiferentemente; y, por otro lado, ansiará férvidamente lo que antes no sentíamos necesidad de ansiar. El concepto del dolor ajeno, del sufrimiento ajeno, del derecho ajeno, habrá sido modificado, agrandado, sublimado, al ser intensificada y afinada la sensibilidad humana (1998: 1350).

Por esta razón, el escritor alicantino, como señala Miguel Ángel Lozano Marco (1998), concebía sus ensayos literarios como una forma de divulgación de un conocimiento que entendía tan enriquecedor que debería estar al alcance de todos y no solo de una élite cultivada. No en vano, para él un clásico era el reflejo de nuestra sensibilidad moderna, un valor dinámico que está en continua evolución. Y algo parecido afirman

Italo Calvino (2000), cuando lo define como «un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir» (21), y Emilio Lledó (2018), cuando indica sobre el clásico que lo es por su capacidad de «alimentar, inagotablemente, continuas interpretaciones y de provocar un diálogo con sus lectores para enriquecer su clausurada y, tantas veces, monótona soledad» (121).

A menudo, después de haber leído a un clásico en clase, mis alumnos y alumnas me comentan que les ha sorprendido darse cuenta de que no se trata de un texto aburrido, como esperaban, sino moderno, que les conmueve. Para mí, en esa capacidad para el sinfronismo, como lo definía Ortega y Gasset (1989: 222), es decir, para establecer una corriente de simpatía, conectar emocionalmente atravesando continentes o siglos a un escritor y un lector, reside la magia de la literatura.

Por eso coincido con Nuncio Ordine, en *Clásicos para la vida* (2017) cuando señala su preocupación por que determinados estudiantes solo se aproximen con un fin utilitario a la literatura: «Las grandes obras literarias o filosóficas no deberían leerse para aprobar un examen, sino ante todo por el placer que producen en sí mismas y para tratar de entendernos y de entender el mundo que nos rodea» (12).

La educación no puede ser solo títulos, expedientes académicos, calificaciones, y mucho menos la enseñanza de una disciplina tan compleja como la literatura. Dice Emilio Lledó, en una entrevista que le hizo la cadena Ser en 2019, que los profesores no podemos conformarnos con mostrar a nuestros alumnos y alumnas solamente el mundo de los hechos; por el contrario, tenemos el deber moral de presentarles también el de las posibilidades. Esta declaración me emociona: ¿qué es la educación sino el intento de mejorar nuestra sociedad? ¿No trata todo profesor vocacional de contribuir con su labor al progreso? ¿No es la educación, como la literatura, una forma de salvar al ser humano de la barbarie?

Nos dedicamos a esto porque no tenemos remedio -hace tiempo que probamos el que Ángel Luis Prieto de Paula define como «fruto envenenado de la literatura» (2013)-, porque nos gusta y porque es lo que sabemos hacer, pero también porque la educación y los libros nos amparan, nos protegen del abismo de la nada, como recordaba María Zambrano, en una imagen, tremendamente bella, de la labor del poeta en *Filosofía y poesía* (2017):

Sin aguardar a ser buscado, va como la poesía misma, al encuentro de todos, de los que creen necesitarla y de los que no, a verter el encanto de su música sobre las pesadumbres diarias de los hombres, a rasgar con la luz de la palabra las nieblas del tedio, a volver ligera la pesadez de las horas. Va también a consolar a los hombres con la rememoración de su origen. Pues la poesía también tiene su reminiscencia. Va a llevarles la memoria y el olvido (43).

En ocasiones, personas cercanas me han preguntado por qué encuentro tanto placer en la lectura y en la escritura y eso me ha llevado a repetirme la pregunta a mí misma cuando estoy a solas. Cuando era adolescente me contestaba que lo hacía porque suponía un desahogo, porque lo necesitaba, porque no sabía hacer otra cosa, lo que me recuerda un poema tremendamente significativo de Gertrudis Gómez de Avellaneda (2016), con el que me siento identificada:

Canto como canta el ave,
Como las ramas se agitan,
Como las fuentes murmuran,
Como las auras suspiran.

Canto porque al cielo plugo
Darme el estro que me anima,
Como dio brillo a los astros,
Como dio al orbe armonías.

Canto porque hay en mi pecho
Secretas cuerdas que vibran
A cada afecto del alma,
A cada azar de la vida.

Canto porque hay luz y sombras,
Porque hay pesar y alegría,
Porque hay temor y esperanza,
Porque hay amor y hay perfidia.

Canto porque existo y siento;
Porque lo grande me admira,
Porque lo bello me encanta,
Porque lo malo me irrita.

Canto porque ve mi mente
Concordancias infinitas,
Y placeres misteriosos,
Y verdades escondidas.

Canto porque hay en los seres
Sus condiciones precisas;
Corre el agua, vuela el ave,
Silba el viento, y el sol brilla.

Canto sin saber yo propia
Si algo el canto significa,
Y si al mundo que lo escucha
Asombro o lástima inspira (290-291).

Luego me di cuenta de que todos los seres humanos necesitamos encontrar algo que le dé sentido a nuestras vidas, porque sería demasiado doloroso o aterrador pensar que nacemos y morimos para nada. Como señala Viktor E. Frankl (1999) parafraseando a Lessing: «Hay cosas que deben hacerlos perder la razón o entonces es que no tenéis ninguna razón que perder» (40).

Y, posteriormente, cuando los vaivenes de la existencia me pusieron contra las cuerdas y fui consciente de mi fragilidad, me di cuenta también de que tenían razón Unamuno (1987: 156) o Steiner (2003) cuando declaraban que se escribe para permanecer, en un intento suicida y seguramente abocado al fracaso, pero posible, de trascender los límites inherentes a la condición humana.

Es posible que escriba porque no tengo descendencia y porque dentro de tres o de cuatro generaciones, cuando los hijos de los hijos de aquellos que me conocieron a mí y a los que yo amo estén muertos, nadie se acordará de nosotros y la única esperanza de que nuestro mundo resucite es que alguien encuentre nuestros pensamientos, nuestras ideas, cristalizadas en forma de palabras, y las vuelva a leer.

Pero también pienso que escribo porque siento que le doy voz a aquellos y sobre todo a aquellas que nunca la tuvieron, como mis abuelos y abuelas; a los oprimidos; a aquellos a los que se lo prohibieron; a los que no pudieron acceder a una educación o no tuvieron la oportunidad de disfrutar del placer de la literatura.

Como da a entender Petit (2008), la literatura es una necesidad universal del hombre. Por este motivo, nadie debería carecer del derecho a leer o escribir. La antropóloga francesa, en *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, cuenta que basándose en la concepción de la literatura como reparadora, analizó varios programas desarrollados en diferentes países del mundo con personas con problemas diversos para los que la literatura se convertía en una herramienta terapéutica de gran valor. Y el auge de la biblioterapia, una disciplina que como tal es reciente, pero que bebe de toda una tradición cultural ancestral, lo demuestra así.

De ello, tristemente, tenemos un ejemplo reciente. En plena pandemia mundial, mientras el mundo se paralizaba de horror, la literatura vino otra vez a rescatarnos de la desesperación, como declara Irene Vallejo en el artículo «Reescrituras del tiempo»:

Sumidos en la perplejidad, hemos vivido este año como un pliegue temporal. La vida estaba en otra parte y, durante los días enjaulados, los libros resultados liberadores. [...] Leer es un raro hechizo que nos permite recordar soñando, tomar aire frente a la asfixia, cazar al vuelo briznas de esperanzas, atrevernos con el disfraz de optimistas lúcidos. En estos meses de tiempo perplejo y fractura no hemos dejado de escuchar, como en una caracola, el oleaje de los clásicos: ese pasado sereno que alumbra el vértigo del presente.

Tiene razón Stefan Zweig (2020) cuando dice que los libros nos salvan de la soledad, puesto que ponen a nuestra disposición «el presente, el pasado, el pensar y el sentir de toda la humanidad» (8). En la última clase virtual del cuatrimestre pasado mis alumnos y alumnas me dijeron algo que es el mayor regalo que he recibido como docente: me explicaron que las dos sesiones que habíamos tenido a la semana durante esos meses de encierro se habían convertido en un refugio, que con nuestras explicaciones, reflexiones, comentarios sobre la novela de Galdós o la poesía de Rosalía de Castro, habíamos conseguido crear un mundo aparte en el que por unas horas se olvidaban de la triste realidad que les rodeaba. Yo me sentí contenta de haberles podido aportar ese consuelo con la ayuda de la literatura. A su vez a mí me llenaba de esperanza pensar que esos jóvenes de primero de carrera sentían tanto amor por la palabra.

Por eso, aunque estoy completamente de acuerdo en lo que dice Marías (2021) en su último artículo de *El País* sobre el deseo de los políticos de crear tarugos por medio de una educación funesta en la que con cada nueva ley educativa se dispara a otro objetivo humanístico (sean las lenguas clásicas, sea la Filosofía o, la última damnificada, la Ética), también creo que, afortunadamente para nuestro mundo y para el género humano, siguen existiendo estudiantes con ganas de pensar, conmovirse y rebatir, y mientras eso ocurra, no todo está perdido.

Me despido con un texto de un gran maestro, Emilio Lledó (2018), heredero del espíritu intelectual del krausismo, en el que pone de manifiesto la importancia que debe jugar la literatura en nuestro futuro:

Uno de los prodigios más asombrosos de la vida, de la vida de la cultura, lo constituye esa posibilidad de vivir otros mundos, de sentir otros sentimientos, de pensar otros pensamientos que los reiterados esquemas que nuestra mente se ha ido haciendo en la inmediata compañía de la triturada experiencia social y sus, tantas veces, pobres y desazonados saberes.

La literatura no es sólo principio y origen de libertad intelectual, sino que ella misma es un universo de idealidad libre, un territorio de la infinita posibilidad. Los libros son puertas que nadie podría cerrarnos jamás, a pesar de todas las censuras. Sólo una censura sería realmente peligrosa: aquella que, inconscientemente, nos impusiéramos a nosotros mismos porque hubiéramos perdido, en la sociedad de los andamiajes y los grumos mentales, la pasión por entender, la felicidad hacia el saber (81).

Todavía estamos a tiempo de frenar nuestro descenso a los infiernos de la ignorancia y la frivolidad. Hagamos algo por nosotros mismos y por nuestra sociedad: amparemos cualquier forma de conocimiento, pero, sobre todo, no olvidemos ni despreciemos aquellas que están en la raíz de nuestra historia y de nuestra cultura. Protejamos la educación y cuidemos aquello que nos invita a respetar a los otros seres con los que convivimos. Preservemos la belleza, el derecho a pensar y a sentir. Defendamos la literatura.

Bibliografía

- ATWOOD, Margaret. *El cuento de la criada*. Barcelona: Salamandra, 2017.
- AZORÍN. *Obras Escogidas*. Miguel Ángel Lozano Marco (coord.), 3 vols., Madrid: Espasa Calpe, 1998.
- BASANTA REYES, Antonio (coord.). *La Lectura*. Madrid: Anejos Arbor-CSIC, 2010.
- BRADBURY, Ray. *Fahrenheit 451*. Barcelona: Penguin Random House, 2020.
- CERCAS, Javier. *El impostor*. Barcelona: Random House, 2016.
- CERRILLO, Pedro C. «El poder de la literatura». Lección magistral impartida en el acto de inauguración del curso académico de la Universidad Española, presidido por SS. MM. los Reyes de España. Universidad de Castilla La Mancha: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2014.
- CHACEL, Rosa. *La lectura es secreto*. Madrid: Ediciones Júcar, 1989.
- DE CASTRO, Rosalía. *Poesía completa*. Edición bilingüe de Juan Barja. Introducción de Arturo Leyte. Madrid: Abada Editores, 2009.
- FRANKL, Viktor. *El hombre el busca de sentido*. Barcelona: Herder, 1999.
- GARCÉS, Marina. *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama, 2017.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco. *Estudios de Literatura y Arte*. Madrid: La Lectura, 1919.
- LLEDÓ, Emilio. *Sobre la Educación. La necesidad de la Literatura y la vigencia de la Filosofía*. Barcelona: Taurus, 2018.
- LLEDÓ, Emilio. «Encuentro generacional de filósofos. Emilio Lledó: “El político debe ser decente y honesto. Quien fabrica mentiras acaba por convertirse a sí mismo en una mentira”», Cadena SER, 28 de mayo de 2019.

- LOZANO MARCO, Miguel Ángel. «Introducción» a Azorín. *Obras Escogidas*. Miguel Ángel Lozano Marco (coord.), 3 vols., Madrid: Espasa Calpe, 1998.
- MANGUEL, Alberto. *Una historia de la lectura*. Barcelona: Random House Mondadori, 2005.
- MARÍAS, Javier. «Que no sepan, no se expresen, no piensen», *El País*, 17 de enero de 2021.
- MARTÍN GARZO, Gustavo. «Elogio de la fragilidad» en Basanta Reyes, Antonio (coord.): *La Lectura*. Madrid: Anejos Arbor-CSIC, 2010, pp. 121-132.
- ORDINE, Nuncio. *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Con un ensayo de Abraham Flexner. Traducción de Jordi Bayod. Barcelona: Acantilado, 2017.
- ORDINE, Nuncio. *Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal*. Traducción de Jordi Bayod. Barcelona: Acantilado, 2017.
- ORTEGA Y GASSET, José. *Ensayos sobre la Generación del 98*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1989.
- ORWELL, George. *1984*. Barcelona: Penguin Random House, 2020.
- PETIT, Michèle. *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Barcelona: Editorial Océano, 2008.
- PRIETO DE PAULA, Ángel Luis. *Monólogos del jardín*. Madrid: Huerga y Fierro Editores, 2013.
- PRIETO DE PAULA, Ángel Luis. *Poesía del Romanticismo. Antología*. Madrid: Cátedra, 2016.
- STEINER, George. *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa, 2003.
- UNAMUNO, Miguel de. *Niebla*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- VALLEJO, Irene. *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Madrid: Siruela, 2020.
- VALLEJO, Irene. «Reescrituras del tiempo», *El País*, 19 de diciembre de 2020.
- VV. AA. *Día del Libro y de la Biblioteca*. Borges, Jorge Luis, *La biblioteca de Babel*. Calvino, Ítalo, *Por qué leer a los clásicos*. Universidad de La Laguna: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2020.
- ZAMBRANO, María. *Filosofía y Poesía*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- ZWEIG, Stefan. *Encuentros con libros*. Edición y epílogo de Knut Beck. Traducción de Roberto Bravo de la Varga. Barcelona: Acantilado, 2020.